

Corrección fraterna

Rebeca Reynaud Febrero 2014.

Las páginas de la Sagrada Escritura nos enseñan que antaño Dios se servía de los profetas para advertir a los hombres que estaban fuera de su camino. Y con cuánta fidelidad y caridad supieron vivir la corrección fraterna. Y tú me dirás: "Y así les fue". No siempre les fue mal. Natán corrigió al rey David y David rectificó su camino, hizo penitencia y aceptó el dictamen de Dios. Vivir la corrección fraterna es vivir de fe. San Josemaría diría: "Es cuestión de fe".

Una chica tenía un hermano que iba a Misa diario. Notó que el sacerdote celebrara llevando puestos sus tenis, y pensó: *Le tengo que decir algo*, pero no se atrevió. Al día siguiente, lo mismo. Dijo: *Ahora sí le diré algo*. Se acercó y le dijo: *Padre, yo tengo novia y cuando voy a visitarla, me pongo lo mejor que tengo para que vea que la amo y la tomo en cuenta. Usted celebra Misa con tenis, y a lo mejor no es lo más adecuado para demostrar el amor*. El Padre le dijo: *Yo manifiesto mi amor de otros modos*. Y lo mandó con cajas destempladas. El chico dijo: Ya no voy a volver a esta iglesia, pero era la que le quedaba cerca, y a la semana allí estaba de nuevo, pero se escondió detrás de una columna. En la homilía el sacerdote habló precioso de la corrección fraterna, de cómo nos ayuda y demás. El chico se acercó a comulgar y vio que el sacerdote ya no llevaba tenis.

El Papa Francisco dice en su Ex. Ap. "La alegría del Evangelio": "No se nos pide que seamos inmaculados, pero sí que estemos siempre en crecimiento, que vivamos el deseo profundo de crecer en el camino del Evangelio" (n. 151). Y crecemos cuando permitimos que nos corrijan y aceptamos lo que nos dicen.

Pilar Urbano narra: Un día San Josemaría Escrivá ve que uno de los mayores de la Obra va vestido de modo inadecuado, con atuendos demasiado juveniles que, a su edad, resultan estrafalarios. Y entonces, llama a otro hijo suyo y le dice: —Tenéis que estar en las cosas de Dios, en las cosas de la Obra y en las cosas de vuestros hermanos... El día que viváis como extraños o indiferentes, ¡habréis matado el Opus Dei! Busca la ocasión, habla con ese hermano tuyo, y, con todo cariño pero con toda claridad, le haces sobre ese punto la corrección fraterna (Testimonio de César Ortiz-Echagüe)[1].

Benedicto XVI dice: La corrección fraterna es una obra de misericordia. Ninguno se ve bien a sí mismo, nadie ve bien sus faltas. Hemos de ayudarnos a conocer las lagunas que nosotros mismos no queremos ver... Ayuda a que cada uno recupere su integridad, para que vuelva a funcionar como instrumento de Dios, exige mucha humildad y mucho amor. Sólo si viene de un corazón humilde, que no se pone por encima del otro, que no se cree mejor que el otro sino sólo humilde instrumento para ayudarse recíprocamente, podemos ayudar. El texto griego añade un matiz; la palabra griega para corrección fraterna es consolar. No sólo corregir, sino también consolar, ayudar en sus dificultades. Hay que darle ánimo, estar a su lado, apoyarnos recíprocamente, con la ayuda del Espíritu Santo, el Consolador. Por tanto, es una invitación a realizar nosotros mismos *ad invicem* la obra del Espíritu Santo Paráclito (2 X 2005; cfr. p. 162 de *Orar*).

La corrección fraterna ha de estar llena de cariño y de tacto, por amor al que corregimos. San Agustín escribe: *Si lo haces por amor propio nada haces. Si es el amor a él lo que te mueve, obras excelentemente. "Si te oyere habrás ganado a tu hermano" (Mt 18,15). Luego, has de obrar por ganarle a él (Sermo 82,4).*

Que no parezca que estamos desentendidos del bien y de la santidad de los demás.

Puede suceder que una persona le haga a otra una corrección fraterna de este estilo:

—Te duermes en la oración, la Misa y las demás Normas en el oratorio. Procura ponerte de pie o luchar más.

Está bien. Pero no podemos añadir: "Te duermes porque no te interesa el retiro". Es juzgar la intención y eso no lo deberíamos de hacer jamás. Lo que se ve externamente es que la persona se duerme. ¿Qué sé yo si le tocó cuidar a un enfermo? No hay que meternos a juez porque no nos toca.

Muchos querrían saber cómo los ve Dios; si serán aprobados o reprobados en el juicio final. Esto se puede vislumbrar en la actitud que tenemos respecto al prójimo, ya que esa actitud revela la acogida o el rechazo del amor divino (Cfr. CEC n. 678).

El Dr. Ricardo Castañón recomienda: *Cuando la gente es peleonera lo mejor es hablar en corto. Hay que corregir en el momento en que la persona produce reacciones bioquímicas positivas.*

San Agustín aconseja: procura adquirir las virtudes que crees que faltan a tus hermanos, y ya no verás sus defectos, porque no los tendrás tú" (*Enarrationes in salmos*, 30, 2,7; PL 36, 243). Que no parezca que estamos desentendidos del bien y de la santidad de los demás. Si no hay cof no hay verdadero ambiente de familia. "Si tú juzgas a la gente no tienes tiempo de amarla", decía Teresa de Calcuta.

Fray Luis de Granada (siglo XVI) cita el Eclesiástico, escribe: "El hombre pecador huirá de la corrección y nunca le faltará para su mal propósito alguna aparente razón" (32?). Otras veces quien huye es la persona que debe hacer la corrección, porque piensa: "allá ella". El amor es lo contrario a la indiferencia frente al otro. El demonio se mete siempre para que no la hagamos. El amor de Dios nos lleva a superar la dificultad de no querer hacerla. Estar vigilantes para que no haya ni una palabra con asomo de crítica. Aunque haya motivo. Suspender el juicio: premisa mayor, premisa menor... no saco la conclusión. Caridad. Prudencia. Tenemos que darnos la mano y Dios nos dará la Suya. No se trata de "cantarle las 40" sino de querernos de verdad, con nuestros defectos pero corrigiéndolos.

Al hacerla contar con el dolor propio y ajeno para llevarlas a Dios. Que sea un bálsamo de caridad, que cura, que sana, que mejora... Es parte de la *providencia ordinaria* de Dios. Sólo hay corrección en el contexto de la oración y de la rectitud de intención.

Purificar lo que pueda haber de impaciencia.

Pensar en cómo la recibimos. Habitualmente ¿pensamos que no tienen razón? ¿Nos dura el resquemor? Incorporarla como algo que se nos ha dicho *in nomine Domini*.

Recibirla con humildad y agradecimiento. Si tenemos madurez es lógico que tengamos espíritu crítico. Encauzarlo. No descargar ni siquiera un poquito de amargura en la corrección fraterna. Detrás de ese "no ver" se puede esconder mucha comodidad. A veces se puede meter un poco de desesperanza: "Fulanito es así". Confiar en la capacidad de cambio de la persona, en la gracia de Dios. Las cosas que más justificamos, son aquellas de las que más tenemos que sospechar, porque las tenemos más incorporadas. Las mejores correcciones son las que versan sobre lo ordinario, lo cotidiano, sin esperar a que se hagan grandes.

[1] Pilar Urbano, *El Hombre de Villa Tevere*, Plaza & Janés, Barcelona 1995, p. 216.